

la significacion de esta parábola. Que me sea todavía permitido, ántes de poner fin á este discurso, haceros otra observación. Quizás se encuentren entre vosotros algunos, que, interpretando mal el objeto de nuestro Salvador en esta parábola y las explicaciones, que os he hecho, crean que pueden vivir en la indiferencia y que les bastará ser obreros de última hora, y convertirse cuando estén ya para morir. ¡ Ah, si en medio de vosotros, amados hermanos míos, se encontrasen algunos, que tuviesen esta idea, les diría : Os engañáis, sois el juguete de una funesta ilusión, y casi siempre fatal. Observad como cada uno de los obreros respondió al llamamiento del padre de familias, que le exhortaba á ir á trabajar á su viña. Aquellos de la primera hora, como los de la tercera y de la undécima no dilataron obedecer á su invitación. Notad bien que él les hace esta pregunta : — « ¿ Porqué estáis aquí todo el día ociosos ? » — Y le responden : « Señor, por que nadie nos ha ajustado. » Decidme, pues, si entre aquellos, que habían sido llamados por la mañana, se hubiese encontrado algunos, que, rehusando trabajar, hubiesen aguardado hasta la nona ó undécima hora, habrían podido responder con verdad : « Nadie ha querido ocuparnos, por lo cual hemos permanecido ociosos hasta esta hora? — Miserables, habría respondido el padre de familia, mentís; yo mismo os he visto esta mañana, yo os he invitado á la tercera hora, y no habéis querido responder á mi llamamiento. » Esto nos prueba, amados hermanos míos, que debemos mostrarnos dóciles á la voz de Dios, corresponder fielmente á las inspiraciones de la gracia, y cuando élla nos llame, responder á su invitación, sin esperar nuevas instancias y sin decir : Mañana, más tarde, cuando sea viejo; al instante de mi muerte veré entonces lo que deba hacer. Funesta ilusión, que ha perdido muchas almas! Que no os suceda así á vosotros. Escuchad más bien la voz de este buen padre de familias, que os invita, para cultivar su viña, escuchad á Jesús, que os llama á trabajar para ser buenos cristianos. Sea cual fuere la hora en que os invite, responded á su llamamiento, sin dilaciones de ninguna clase; y de esta manera, amados hermanos míos, mereceréis recibir al fin

del día, á la tarde de vuestra vida el dinero, la recompensa prometida, es decir, esta felicidad eterna, á la cual Dios nos invita, y que os deseo á todos. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

(LUC, VIII, 4-15.)

Sobre la palabra de Dios. — Su autoridad; respeto con que debemos mirarla.

TEXTO. *Semen est verbum Dei.* La semilla es la palabra de Dios.

EXORDIO. — Hermanos míos, la parábola relatada en el Evangelio de este día, es una de las más conocidas y frecuentemente explicadas. Héla aquí : « Habiéndose juntado mucha gente, que de las ciudades acudía á Jesús, para recibir sus enseñanzas, este divino Maestro les dijo esta parábola : Fué el sembrador á sembrar su semilla, y sembrándola, una parte cayó á lo largo del camino, en donde fué hollada y las aves del cielo se la comieron. Y otra parte cayó sobre piedra, y despues de haber nacido, se secó, porque no tenía humedad; y otra parte cayó entre las espigas, las cuales nacieron juntamente con la semilla y la ahogaron; y otra parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido fructificó, produciendo ciento por uno. Preguntáronle sus discípulos, que queria decir esta parábola, Y les dijo : A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios; pero á los demás se les propone en parábolas, para que viendo, no vean, y oyendo, no entiendan. La parábola, pues, es ésta : La semilla es la palabra de Dios. La que está junto al camino, son los que la oyen; despues viene el diablo y quita la palabra de su corazón, para que no se salven creyendo.

Los que reciben la semilla sobre piedra son aquellos, que oyendo la palabra, la reciben con alegría; pero estos no tienen raíces, porque creen por poco tiempo, y al ser tentados se vuelven atrás. La semilla, que cayó entre las espinas, significa aquellos, que oyeron, pero ahogados por los cuidados, por las riquezas y por los deleites de la vida, á que se entregan, no llegan á dar fruto. La que cayó en buena tierra significa aquellos, que, oyendo la palabra con corazón bueno y recto, la conservan y dan fruto por medio de la paciencia. »

PROPOSICIÓN. La enseñanza, que se deduce de esta parábola, se manifiesta de por sí; me bastaría, hermanos míos, explicaros circunstanciadamente lo que dice de ella nuestro divino Salvador, para mostraros cuán limitado es el número de aquellos, que sacan provecho de las lecciones, que encierra en sí la palabra de Dios; y con qué disposiciones es preciso escuchar esta palabra. Sin embargo mi intento es tratar de otro asunto, ó al ménos, hablaros, bajo otro punto de vista, sobre la palabra de Dios. ¡ Son tantos los que no reconocen su autoridad, y son tantos también, aun entre los cristianos, los que no la miran con el respeto que se merece!...

DIVISION. Hé aquí los dos pensamientos sobre los cuales llamo vuestra atención. *Primeramente*: autoridad de la palabra de Dios; *en segundo lugar*: respeto, con que se ha de mirar.

Primera parte. Autoridad de la palabra de Dios. Qué? hermanos míos, Dios se ha dignado hablarnos, revelarse á nosotros, hacernos conocer su voluntad. ¡ Qué admirable condescendencia! ¡ Qué adorable misericordia! ¡ O Dios mio, sed para siempre bendito!... ¡ La palabra de Dios!; Dios hablando al hombre!... ¡ Qué objeto de amor y adoración, si quisiéramos reflexionarlo un instante! Sí, hermanos míos, de la misma manera que vosotros instruís á vuestros pequeñuelos, enseñándoles desde luego á pronunciar vuestro nombre, á deciros gracias, á daros las buenas noches, (perdonadme si entro en tan bajos pormenores, pues son necesarios para haceros comprender lo que encierra esta expresion: *palabra de Dios*;) Sí, de la misma ma-

nera que enseñáis á vuestros niños á conocerlos, á haceros un saludo, á daros gracias, á pedirlos lo que les es necesario; así Dios se ha dignado humillarse hasta nuestra debilidad, decirnos lo que Él es, enseñarnos á honrarle, y revelarnos como debíamos invocarle en nuestras necesidades!

Pués bien, decidme, hermanos míos, cuando os inclináis cariñosamente á vuestro tierno niño, cuando le enseñáis á articular las primeras palabras, y más tarde, para desarrollar su espíritu, ilustrar su ignorancia y satisfacer su curiosidad, le exponéis las cosas, como vosotros mismos las comprendéis, refiriéndole los acontecimientos, de los cuales habéis sido testigos, y los lugares que habéis recorrido, ¿ qué diríais, si este pobre niño, débil é ignorante, se rebelaba contra vosotros y menospreciaba vuestras palabras, diciendo: « Padre, lo que contáis no es verdad, mentís! » ¡ Oh, os irritaríais y os diríais á vosotros mismos: « Este niño tiene mala índole y un orgullo tal que comienza ya por rebelarse!... Pero no; eso no sucede nunca; vuestros hijos dan siempre crédito á lo que les decís, porque saben que les deseáis su bien y que no quereis engañarlos, en una palabra, que les amáis.

De este modo, hermanos míos, debemos proceder con respecto á la palabra de Dios, porque Él es para nosotros el mejor de los padres. Miserables como somos, extraviados acá en la tierra en medio de tinieblas, Él quiere nuestro bien, desea la salud de nuestra alma; y las enseñanzas, que nos dá su divina palabra, tienen por objeto único el iluminarnos y conducirnos al cielo. ¡ Oh no, Dios mio, no queréis engañarnos; vos decíais: *Qué padre de vosotros sería tan cruel, que si su hijo le pidiera pan, le diese una piedra, ó si le pidiera un huevo, le diese un escorpion*¹? Y vos que sois más tierno, que todos los padres de la tierra, cuando nuestra alma tiene sed de felicidad y verdad, nos habríais engañado!... No, jamás, ó Dios de verdad, lo sabemos, el error repugna á vuestras santas perfecciones!... Despues vos nos amáis; ¿ y no es este amor el que os ha llevado á tanta condescendencia para con nos-

1. Luc, xi, 12.

otros? Sí, sabemos que hay un paraíso que ganar, y un infierno que temer; sí, sabemos también que vicios tenemos que huir, y que virtudes debemos practicar, vos nos lo habéis enseñado. Vos también os habéis dignado manifestarnos vuestros divinos mandamientos, vos, o Jesús, habéis venido, no sólo como un Salvador, sino como un guía, un modelo, un maestro, cuya palabra divina nos instruye é ilumina... ¡ Ah, con más confianza aun que el niño se entrega á las lecciones de su padre, queremos entregarnos á vuestras divinas enseñanzas, porque nos amáis más, y la autoridad de vuestra palabra es mucho mas sagrada !...

Y, sin embargo, hermanos míos, se encuentran hombres, que niegan la autoridad de ésta divina palabra; corre una objección estúpida, insensata, la cual sin duda alguna habéis oído más de una vez, y en la que se podría resumir todo lo que dicen los impíos é incrédulos. Cuando hablamos de la santa Escritura, de la palabra de Dios, de su autoridad divina, ¿ no oímos á veces esta tonta reflexión: *En el papel se pone lo que se quiere.* ¡ como si el Evangelio fuera una novela ó cualquier folletín de periódico!... ¡ Oh, á tan necia reflexión quiero dar una respuesta que, como espero, será comprendida, aun por los niños, que me escuchan. ¡ Es una historia, escuchadla con atención y guardadla en la memoria, para aprovecharos de élla, si es menester !

Cansado de oír á cierto incrédulo, filósofo callejero, que repetía siempre de una manera triunfante: *En el papel se escribe lo que se quiere,* un lugareño, muy buen cristiano, fué un día á encontrarle: « Señor, le dijo, la casa en que habitáis no os pertenece, y el terreno, que la rodea, no es de vuestra propiedad, la reclamo, porque me corresponde, pues mi abuelo era el dueño de la misma. — Cómo? le contestó el incrédulo asombrado y sorprendido; he comprado esta casa, la escritura ha sido redactada por un notario ante varios testigos, y todos la han firmado; ved, ó sino por vos mismo mi título de propiedad, está bien y debidamente registrado — ¿ Y qué me importa vuestro título, replicó el interlocutor; por otra parte, vuestros testigos están muertos, esta cuestión se decidirá por la justicia. — Pero decidme, con-

tinuó el viejo impío. ¿ tenéis sano el juicio? ¡ está chocante ese hombre!... ¿ No véis mi título, que está perfectamente autorizado en forma; qué podréis alegar ante los jueces?... Señor, prosiguió el cristiano, repetiré lo que decidís tan á menudo respecto del Evangelio y de las santas Escrituras, que: *en el papel se escribe lo que se quiere.* Pero se burlarán de vos. — Se burlarán de mí? Replicó el lugareño, ¿ y porqué, pues?... Qué! la firma de tres ó cuatro testigos os parece dar á vuestro documento un valor incontestable!... Y los nombres de los santos profetas, de los Evangelistas, de los santos Doctores y de todos esos millares de mártires, que han con su sangre firmado la verdad de la palabra de Dios, enseñada en nuestros Santos Escrituras, ¿ no os parece dar á las mismas una autoridad suficiente? Vaya! vaya! Señor, tenéis dos pesos y medidas, y ahora debéis entender que, aunque soy un simple aldeano, puedo con razón reírme á vuestras barbas, cuando os oigo espetar tan á menudo: *En el papel se escribe lo que se quiere.*

Este buen aldeano, hermanos míos, tenía mil veces razón. En efecto, si un pedazo de papel sellado y rubricado por algun notario ó escribano, constituye un título, cuya autoridad no se puede discutir, ¡ quién será tan insensato, que niegue la autoridad de la palabra de Dios, de nuestras Santas Escrituras, todas marcadas con el sello de Jesucristo, firmadas por los profetas y apóstoles, rubricadas con la sangre de tantos mártires y conservadas tan cuidadosamente en los archivos de la santa Iglesia católica!...

Segunda parte. Vamos ahora á hablar del respeto que se ha de tener á la palabra de Dios. Esta divina semilla es echada á nuestras almas, y entra en éllas de dos maneras: *primeramente,* por medio de la predicación; en *segundo lugar,* por la lectura. Veamos con que respeto en uno y otro caso debemos recibirla.

¿ Tengo necesidad de deciros, hermanos míos, que, cuando subo á este púlpito, cuando os recuerdo lo que debéis hacer, para merecer el cielo y evitar el infierno, cuando os explico circunstanciadamente como lo hacemos en este año, las enseñanzas contenidas en el Evangelio, no es mi palabra la que escucháis, sino la de Dios?... Somos, en cierto modo, los sacerdotes los embajadores

de Jesucristo, encargados de comunicar sus órdenes y exponeros sus enseñanzas. Es Dios mismo, quien os habla por nuestra boca; por lo cual es preciso, que oigais su palabra con gran respeto. Sabeis lo que es un embajador? Voy á decíroslo. Los príncipes de la tierra, como no pueden estar presentes en todo lugar, encargan á un hombre, para representarles cerca de tal ó cual gobierno, diciéndole: « De mi parte, diréis esto y mandaréis tal cosa y hasta haréis tales y tales observaciones. » Y semejantes á un eco, repiten fielmente los embajadores las palabras, que se les ha dicho, y estas palabras son escuchadas respetuosamente, porque expresan la voluntad de un príncipe, de un hombre poderoso.

Pués, amados hermanos míos, el mismo papel desempeñamos nosotros desde la cátedra sagrada. Cuando el Obispo nos ordena de presbíteros, y nos confía una parroquia, es lo mismo que si Jesucristo nos dijera: « Véte en medio de este pueblo, ocupa mi lugar, haz mis veces, tú sabes lo que quiero y conoces á fondo mis instrucciones: díles de mi parte que les convido á todos á la bienaventuranza eterna; pero que, para merecerla, es menester creer en mi palabra, tener confianza en mi misericordia, y amarme de todo, corazón... Díles sobre todo, que es menester observar mis mandamientos, sin excepcion de uno solo, frecuentar mis sacramentos y merecer por medio de una buena voluntad que los frutos de mi Pasión sean aplicados á sus almas. Díles además, que, si bien soy misericordioso, soy tambien justo, y que, si ofrezco una eterna felicidad á los que me hayan servido fielmente, reservo tambien eternos castigos para los que no quieran someterse á mi ley. »

Tales son, en resúmen, hermanos míos, las órdenes, de que Jesucristo ha hecho encargo á nosotros, como embajadores cerca de vosotros. Todas nuestras instrucciones, todas nuestras pláticas no son otra cosa, sino la explicación de estos pensamientos. Es la palabra de Dios laque anunciamos, y debeis prestar la vuestra atención y respeto. Si, á pesar de nuestras miserias, á pesar de nuestras imperfecciones, somos cerca de vosotros los embajadores de Jesucristo, encargados de anunciaros su voluntad; por

esto, seamos cuales fuéremos, debeis escucharnos con respeto... Rogad al ménos, oh amados hermanos míos, á fin de que, los que solamente somos un instrumento de que Dios se sirve, para instruirnos é iluminar vuestras almas, nos hagamos de día en día más y más dignos de cumplir con la santa misión, que se nos ha confiado...

Pero, ¿ es suficiente escuchar atentamente la palabra de Dios y esforzarnos hasta en practicarla? ¿ Es, repito, todo esto suficiente para darnos ya por desobligados de todo el respeto, que á la misma debemos? No, no basta esto; tenemos aun otro deber, que cumplir... En los tiempos más cristianos se mostraban nuestros padres y abuelos fieles en cumplirlo; en nuestros días hay una tendencia á olvidarlo, á desconocerlo. Razon de más para recordároslo. Este deber consiste en estudiar y leer en nuestras casas la santa Escritura, y sobre todo el Evangelio. Esto os sorprenderá quizás, hermanos míos, y es porque no estamos suficientemente instruidos, que no sabemos lo que es la palabra de Dios y el respeto, que debemos profesarla.

Deseo haceros comprender bien claramente mi pensamiento... ¿ Qué somos nosotros acá en la tierra?... Desterrados. El Cielo es nuestra patria, nuestros padres son los patriarcas, los profetas, los apóstoles y los mártires; los ángeles son nuestros conciudadanos, y tenemos á Jesucristo por rey. Pues bien en medio de este destierro, en donde hemos de vivir durante un tiempo más ó ménos largo, Jesucristo, siempre bondadoso é infinitamente misericordioso, se ha dignado enviarnos las santas Escrituras, que encierran en sí su palabra, con objeto de recordarnos nuestro país, é invitarnos á aspirar más y más hacia la patria eterna y verdadera. Ha hecho mucho más aun. Se ha dignado unirse á nuestra naturaleza, descender entre nosotros, hablarnos, instruirnos y dejarnos en su Evangelio y las Epístolas de sus Apóstoles un compendio de sus enseñanzas.

Obrando de esta manera, ¿ qué fin se proponía? ¿ Para qué el Evangelio? ¿ para qué esta compilación de esos admirables libros,

1. Cf. San Agustín, t. XXIII, p. 404. (Edición Vivés.)

de los cuales leemos á veces pasajes, y que se llaman la Santa Escritura, ó sea la palabra de Dios? ¿No es con el objeto, de que la estudiemos? ¿No es con el fin, de que alimentemos nuestras almas con las verdades, que encierra?...

¡Y nosotros tenemos á ménos hacerlo, perdiendo muchas veces el tiempo en lecturas frívolas é inútiles; y no dedicamos un momento á la lectura y á la meditación de las verdades evangélicas!... ¿Decidme, pues, ¿es esto tener el respeto debido á la palabra de Dios? ¿No es, por el contrario, tratarla con desprecio?... ¿Qué no? supongamos, que hubieseis dirigido una importante carta á un amigo ausente. Será, si os place, un padre, una madre que escribe á su hijo, alejado del país, alistado en la milicia ó, como hemos visto á tantos, prisionero entre enemigos crueles y desapiadados... ¿Qué pensaríais, si este hijo, si este amigo, no quisiera aun abrir vuestra carta, rechazándola con indiferencia y desdenando la lectura de la misma? « ¡Ingrato, sin corazón! diríais; nos menosprecia á nosotros, que sólo pensabamos en él, y para consolarle, endulzar su destierro y ayudarle á soportar mejor el tedio de la ausencia, le enviamos noticias del país. » Pues bien hermanos míos, ¿no tiene Dios con nosotros mayor motivo para hacernos reproches más justos y merecidos? Su palabra, contenida en las santas Escrituras, no es otra cosa, sino cartas, que nos vienen del cielo...

¡Y descuidamos abrirlas, leerlas y aprenderlas! ¡Ah, confesémoslo, somos ingratos y no tenemos para con esta palabra el respeto que reclama de nosotros!

PERORACIÓN. Oh amados hermanos míos, no lo hagamos, pues, así! Penetrémonos del profundo respeto, que se merece esta augusta palabra, con la cual Dios en su misericordia se ha dignado darse á conocer á nosotros y revelarse á nuestra pobre inteligencia. Su autoridad es sagrada, creamos en todo cuanto nos enseña. Pasarán los cielos y la tierra, pero las verdades afirmadas en nuestras santas Escrituras no pasarán¹. A pesar de los sar-

1. Mat. xxiv, 35.

casmos de los impíos, á pesar de todas las ataques del infierno, permanecerán siempre vivas, siempre firmes é inmóviles como la roca, contra la cual vienen á estrellarse todas las tempestades...

Sí, o Jesús, creemos con todo nuestro corazón en todo cuanto nos dice vuestra palabra; dignaos con vuestra bondad disponer nuestras almas á recibir bien esta divina semilla; ¡que no sean éllas ni un camino trillado, ni un terreno pedroso, ni un campo estéril, en donde las espinas la ahoguen! No, que nuestras almas sean, por el contrario, por un efecto de vuestra gracia, una tierra favorablemente preparada para recibir esta semilla bendita! Que el fruto, que en élla produzca, sea el ciento por uno!

Escucharémos atentamente esta santa palabra, cuando se nos anuncie, para conservarla en nuestros corazones y practicar sus enseñanzas... Queremos en el interior de nuestras casas, en medio de nuestras familias, abrir vuestro Evangelio, leyéndole con respeto y oyendo sus enseñanzas con fidelidad, para hacer de él el más precioso alimento de nuestros espíritus; porque sabemos, ó Jesús, que vuestras palabras son palabras de vida; bendecid estos sentimientos y resoluciones, grabadlas profundamente en nuestro corazón, y hacednos la gracia de permanecer siempre fieles á éllas... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE QUINQUAGÉSIMA.

(Luc. xviii, 31, 43.)

Dureza de los hombres para con el ciego de Jericó; bondad de Jesús con respecto á él.

TEXTO. *Stans autem Jesus jussit illum adduci ad se.* Parándose, pues, Jesús mandó se le trajesen.